

# Desafíos de la pedagogía a la catequesis

PEDRO CHICO GONZÁLEZ

La Pedagogía, en cuanto «ciencia de la educación del hombre», como todas las ciencias antropológicas, ha experimentado en los últimos tiempos espectaculares progresos. El progreso no se identifica con el avance tecnológico ni con el incremento de los programas instructivos. Tampoco es consecuencia directa del aumento cuantitativo de las reflexiones científicas o críticas sobre los objetivos o contenidos de la educación. Es, ante todo, fruto de los planteamientos cualitativos en torno a la persona humana. Y es también efecto de la síntesis operativa sobre las realidades profundas que facilitan el perfeccionamiento humano (1).

La Pedagogía, como la Sociología, la Psicología, la Antropología, la Política, la Economía y las demás ciencias del hombre, se orientan la vida individual y corporativa del ser humano y trata de interpretar, correla-

---

(1) Confrontar esta dimensión personalista, armonizada con la adaptación tecnológica hoy requerida, en el informe educativo de la UNESCO, firmado por Edgar Faure: *Aprender a ser: una educación del futuro*. Madrid. UNESCO. Alianza Editorial. 1983. (10.<sup>a</sup> edic.). Parte I. Cfr. también las diversas publicaciones sobre la Educación de los Valores. Ejemplo en R. Marín Ibáñez: *Valores, objetivos y actitudes en educación*. Valladolid. Ed. Miñón 1976; D. Bridges: *Valores, autoridad y educación*. Salamanca. Anaya. 1979. Varios: *Educación y Valores*. Madrid. Narcea. 1979

cionar y dinamizar sus valores y sus rasgos identificadores. Las nuevas perspectivas de la cultura humana convierten a esta ciencia en algo más que una recapitulación orgánica de testigos históricos o de movimientos concordantes o discrepantes. La obligan a ser creativa y transformadora y la sitúan entre las ciencias dinámicas y orientadoras del quehacer humano.

La inquietud antropocéntrica de quienes la cultivan es eco de la más amplia preocupación por todo lo que se refiere a la dignidad y a la libertad del ser humano no sólo en sus estadios de maduración progresiva, sino también a lo largo de toda la existencia. Por eso la Pedagogía crece irreversiblemente en profundidad y en extensión sin que sea fácil determinar cuál de las dos dimensiones es hoy más significativa desde el punto de vista del progreso, de la novedad, de la reorganización coherente de los contenidos tradicionales y de los recursos que las otras ciencias ponen hoy a su alcance. Tampoco es fácil concretar si el avance pedagógico es sólo consecuencia de los múltiples y profundos estudios que hoy se hacen sobre el ser humano o es, más bien, estímulo cualificado de los mismos el hecho de que cuanto más se profundiza en las necesidades educativas más se descubre la urgencia de otras precisiones y clarificaciones extrapedagógicas (2).

Lo que sí es evidente es que las actitudes pedagógicas contemporáneas no se reducen a un simple estadio de los procesos minuciosamente elaborados y definidos en etapas anteriores. Existen fenómenos nuevos que reclaman planteamientos nuevos, como existen situaciones originales que ya no soportan procedimientos antiguos por muy renovados, precisados o mejorados que se quieran presentar por pedagogos recientes. Situaciones tan propias de las últimas décadas como la democratización cultural, la revolución tecnológica, la explosión demográfica, la difusión masiva de los medios de comunicación, el incremento de la sensibilidad democrática, el transvase de los valores culturalmente autóctonos, el bienestar económico generado por la industrialización, la prolongación de la etapa de maduración juvenil, la revisión de valores morales y de actitudes sociales, la sectorialización de los bloques mundiales y la internacionalización de las relaciones políticas, artísticas, económicas o lingüísticas, permiten considerar el mundo actual como totalmente diferente del de otras épocas. Si hace sólo medio siglo la etapa educativa estaba asignada por variables restrictivas como la referente a los años juveniles e infantiles, la escolarización, la preparación profesional y laboral o incluso la predominante exigencia instructiva, hoy se perfilan otros criterios por ser otras las necesidades humanas. Se habla de educación permanente, pues la educación nunca

---

(2) Cfr. F. von Cube: *Ciencias de la educación*, Barcelona, CEAC, 1982. Cp. I.

termina mientras el hombre vive. Se descubre el ocio y el tiempo libre como más condicionante para la vida que la profesión o el trabajo. Se rompen los esquemas académicos con reclamos de educación concurrente o recurrente y con proyectos de escuela flexible o supraestructural. Se posibilitan tecnológicamente procesos instructivos automatizados e interminables. Se anuncian necesidades masivas de reconversión profesional. Se elaboran criterios evaluatorios que superan los procesos repetitivos como esquemas de referencia. Se adoptan actitudes perspectivas, más que retrospectivas, en todo lo referente a la formación de los nuevos hombres (3).

A todo esto se llama Nueva Pedagogía, que de nueva tiene más el espíritu que la terminología, y que siempre es obra más de pioneros que de masas.

Y esta «revolución pedagógica» afecta a todo el hombre, y no sólo a su capacidad de apredizaje o de adaptación social. En el hombre existe también el espíritu. Y esa dimensión interior, trascendente y anímica también reclama «otras» formas de educación a las cuales debe atender la que podemos llamar Pedagogía religiosa.

La Pedagogía religiosa no debe identificarse con la Catequesis aunque ambas coinciden en el objetivo común de la educación de la fe. La pedagogía religiosa se preocupa preferentemente de la dimensión educativa, lo cual implica adaptación a los procedimientos y a las circunstancias diversas en que se desenvuelve la persona. Y la Catequesis, en cuanto a acto o proceso religioso, presta atención prioritaria a los contenidos y a la dimensión espiritual y sobrenatural del que recibe esa educación.

La Catequesis es una actividad más que una ciencia especulativa, aunque sea objeto del estudio reflexivo de la ciencia Catequética, que es forma de la Teología Pastoral. Pero la naturaleza operativa de la catequesis no anula la necesidad urgente de apoyarse en principios claros y previsoires reflexivas, sagaces y eficaces. Por eso la tarea catequística no puede prescindir de la ayuda de todas aquellas ciencias humanas que le permitan comprender mejor lo relativo al sujeto a quien se dirige, al objeto que comunica, a los procesos que realiza y a las diversas circunstancias e incidencias que afectan a esos procesos

Esto quiere decir que el catequista necesita algo más que ser activista para asegurar la bondad de su labor educativa y que puede y debe interrogarse con frecuencia por las aportaciones que le brindan las otras ciencias del hombre y que pueden iluminar sus procedimientos y sus objetivos.

---

(3) Cfr. A. Bonboir: *Una pedagogía para mañana*. Madrid. Morata. 1975. También W. K. Richmond: *La revolución de la enseñanza*. Barcelona. Herder. 1971.

Los procesos de la pedagogía en los últimos tiempos le reclaman una actitud inteligente de reconversión profesional. Hoy no basta la buena voluntad para conseguir la eficacia ni son los catequizandos modernos los dóciles niños de tiempos pasados, enviados piadosamente por sus padres a las sesiones parroquiales o escolares de la doctrina cristiana. No bastan las ingenuas exposiciones, seguidas de fieles repeticiones memorísticas para asegurar una comprensión mínima y una madura reflexión crítica o dialéctica, como es ya realizado frecuentemente en múltiples áreas de los aprendizajes escolares o ambientales. No se apoya la relación educativa en el principio clásico de la autoridad, sino en el progresivo despertar de la conciencia autónoma y de la sensibilidad precoz ante la igualdad y la libertad de opinión y de expresión. Y en una cultura dominada por los signos visuales y las estimulaciones sensoriales, resulta insuficiente el cálido refugio del tradicional catecismo, reducido muchas veces a preámbulo benévolo de encuentros sacramentales con sabor clerical, y sin perspectivas eclesiales, doctrinales y responsables (4).

Es normal que hoy se superen muchas viejas prácticas formativas. Los profesionales de la catequesis se sienten interpelados con cierta brusquedad por múltiples desafíos provenientes de otros ámbitos profesionales en los que también se sitúan la preocupación para la educación integral del ser humano por encima de cualquier rutina pedagógica o más allá de los principios y reflexiones heredados. Existe una fuerte llamada de atención para planteamientos prospectivos en los cuales inciden variables psicológicas, sociológicas y teológicas. Algunos son resonancia imprescindible de los procesos de cambio de la sociedad y de las personas. Pero los más condicionantes provienen de una profundización autónoma de la identidad catequística. Basta advertir que el tránsito acelerado de una catequesis proselitista en contexto sociológicamente cristiano, hacia estilos más evangelizadores y misionales, no se realiza sin cambios actitudinales y sin revisiones kerigmáticas de entidad enorme.

La respuesta a cualquier cambio de esta naturaleza puede ir desde el desconcierto hasta la alegría y desde la intransigencia hasta la benevolente flexibilidad. Pero difícilmente se puede soslayar algún tipo de reacción fuerte y condicionante, por indiferentes que sean las actitudes personales o por marginado que viva el catequista de los progresos humanos y de las transformaciones sociales. El reto es demasiado ambiental y permanente para que pueda ser ignorado; y los efectos inmediatos del acierto y desacierto resultan demasiado ruidosos para cerrar los oídos ante ellos.

---

(4) Cfr. A. Brien: *La educación cristiana en un mundo tecnificado*, Madrid, Maro-ba, 1971.

Por eso la catequesis experimenta en los tiempos actuales una serie de llamadas extracatequísticas que no pueden caer en el vacío. Y son los catequistas los que deben conocerlas, a fin de ofrecer respuestas y actitudes positivas, que en definitiva redunden en un mejor servicio o ministerio de la palabra para beneficio de la fe de aquellos que son sus destinatarios.

Podemos trazar un breve diseño de llamadas o desafíos que llegan a la catequesis desde el amplio espectro de las ciencias educativas, siguiendo preferentemente el hilo conductor de los compromisos operativos del catequista, del catequizando y de la relación personal entre ambos.

Este espectro de ciencias pedagógicas puede quedar perfilado en varias áreas interrelacionadas. Son las que se aglutinan en torno a los principios y valores, a las relaciones personales y sociales, a las personas, a los recursos y procedimientos y también a los procesos.

## I. DESDE LA FILOSOFIA DE LA EDUCACION

Los principios que rigen la educación y los valores hacia los que es preciso encauzar a las personas son objeto de la FILOSOFIA DE LA EDUCACION. La filosofía educativa no se reduce a una adaptación aplicada de las reflexiones generales de la filosofía abstracta. Es más bien una forma original de búsqueda y de fundamentación de los criterios últimos y radicales en los que se apoya la tarea educadora. Sin filosofía original y autónoma, apenas si podremos hacer un buen trabajo educativo, salvo el desarrollo de operaciones incoherentes e inconsistentes.

En los últimos tiempos la Filosofía educativa suscita profundos interrogantes de sabor ético, de sentido axiológico y de dimensión crítica. Ética, Axiología y Crítica son áreas filosóficas que se hallan en reciente mutación, debido a los cambios de la vida humana y a los impulsos que corrientes como el existencialismo, el personalismo, el pragmatismo, el vitalismo, el positivismo, el socialismo, etc., han originado en el pensamiento humano.

Ante la abundante reflexión ética y sobre todo ante la sistemática revisión crítica, la Filosofía educativa se interroga con insistencia y abundancia sobre el mundo de los valores, sobre los ideales, sobre las causas, sobre los procesos y sobre los significados de la educación. Y se formulan conclusiones nuevas, que hoy condicionan multitud de actitudes educativas y sostienen diversos sistemas pedagógicos en los que se valora más el hombre que el programa conforme al cual se le instruye. Se aprecia más la comunidad que la tradición o las estructuras económicas en las que se sostiene. Se mira más al porvenir que al pasado por glorioso o luminoso que éste haya resultado en la educación ante-

rior. Se busca más el valor de la creatividad y la libertad del individuo que la promoción de habilidades pragmáticas que hagan cómoda la solución de problemas inmediatos. Se aprecia la comunidad humana de pertenencia con más insistencia que la simple institución escolar, que tanto ha dominado la responsabilidad educativa en los tiempos anteriores.

Las influencias de la Filosofía educativa en el ámbito de la catequesis implica abundantes reclamos que no se pueden eludir.

- Se exige más claridad y profundidad en las razones últimas del obrar religioso, resultando insuficiente una educación religiosa que se apoya únicamente en lo cultural o en la simple información religiosa (5).
- Crece la sensibilidad por los valores humanos como plataforma de despegue para una conveniente educación cristiana, superando la vieja distinción maniquea entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo terreno y lo celestial.
- Se pide más coherencia con la vida y más sistematización en los mensajes religiosos, no bastando actitudes pietistas ni tampoco moralistas en el proyecto de una catequesis adecuada. No se entiende la educación de la fe, si se carece de cultura humana suficiente para interpretar y asimilar sus lenguajes.
- Aumenta el deseo de distinguir lo esencial en las actitudes y creencias religiosas de todo aquello que ha sido producto de los avatares históricos o de las opiniones fugaces de las personas o de los lugares. Con una buena filosofía pedagógica se aprende a criticar, a reflexionar, a distinguir y, con frecuencia, a crear nuevas respuestas sin destruir viejos valores, y a promocionar mensajes fundamentales sin identificarlos con los ropajes ornamentados.
- Invita a la apertura a múltiples influencias culturales sin perder la recta orientación de las verdades dogmáticas y morales, al descubrir el rico panorama de las culturas milenarias que se extienden entre los pueblos y los indudables progresos ideológicos que son conquista del hombre actual.

Estas y muchas enseñanzas consigue el educador de la fe cuando es realmente un educador filosóficamente configurado y situado. Cuando se posee altura intelectual en el orden de los conocimientos y en las mismas actitudes prácticas, la catequesis gana en profundidad. Se comunica una visión flexible de la vida y de los criterios religiosos; se

---

(5) Recordemos siempre la amenaza de Pascal: «Si se somete todo a la razón, nuestra religión no tendrá nada de misterioso ni sobrenatural. Pero si se hieren los principios de la razón, nuestra religión será absurda y ridícula.» *Pensamientos*.

minimiza el problema individual y estrecho; se alientan las reflexiones y los planteamientos personales; y en definitiva se prepara al hombre para asumir su propia fe con elevación de miras y sin restricciones ni sucedáneos. Es una llamada de atención de la mayor importancia la que proviene del ámbito de la filosofía educativa que hoy no se puede ignorar. Son demasiadas las opciones ideológicas que pululan en el panorama cultural para que un catequista no se apoye en criterios sólidos para elegir y para transmitir a los que dependen de él. Pero esos criterios no pueden ser apoyados sólo en las viejas fórmulas de la dependencia eclesial, sobre todo si se identifica esta dependencia con cierta ingenua subordinación clerical. En nuestro mundo moderno tan propenso al secularismo y al igualitarismo el cristiano serio tiene que ser culto. Y cultura implica poseer actitudes filosóficas personales (6). En la medida en que el educador de la fe consolida sus propias dimensiones culturales y filosóficas se dispone a adoptar posturas religiosas responsables y se capacita para retransmitirlas consistentemente a los demás. Se requiere mucha finura de espíritu para situarse con equilibrio en el panorama ideológico contemporáneo. Pero no se puede eludir esa obligada disposición. Los reclamos filosóficos e ideológicos son tan profundos, y al mismo tiempo tan difusos, que un educador no puede inhibirse y por eso tiene que prepararse para ofrecer respuestas operativas y al mismo tiempo seguras.

El reto de la Filosofía a la Catequesis es un reto de profundidad. Y por lo mismo lo es también de claridad, de sinceridad y de flexibilidad (7).

## II. DESDE LA SOCIOLOGIA

Las relaciones humanas se hallan estudiadas de una forma general y especulativa en la ciencia de la Sociología. Pocos ámbitos del conocimiento humano han sufrido tantos avatares y tensiones en los últimos decenios. Y pocas áreas culturales se manifiestan hoy tan cambiantes y dinámicas como las ciencias relacionadas con la Sociología, que son eco de los principios generales que rigen la sociedad. El Derecho, la

---

(6) El educador católico no puede contentarse con presentar positivamente y con valentía una serie de valores de carácter cristiano como simples y abstractos objetos de estima, sino como generadores de actitudes humanas, que procurará suscitar en los educandos; tales son: libertad respetuosa con los demás, la responsabilidad consciente, la sincera y permanente búsqueda de la verdad, la crítica equilibrada y serena, la solidaridad y servicio hacia todos los hombres, la sensibilidad hacia la justicia, la especial conciencia de ser llamados a ser agentes positivos del cambio en una sociedad en continua transformación. *Sda. Congr. de la Educación Católica*, «El laico católico, testigo de la fe en la Escuela», n° 30.

(7) Cfr. *La ciencia de la educación: Los pedagogos, ¿Para qué?*; J. García Carrasco. Salamanca. Santillana 1983.

Economía, la Política, la Ecología son ciencias y son tareas profesionales que se hallan en profundos y acelerados cambios estructurales. Las relaciones entre los hombres se expresan y se transforman de forma vertiginosa, tanto a nivel individual como en la esfera de las colectividades que ocupan la tierra entera con sentido creciente de sus posibilidades, sus alternativas, sus conveniencias inmediatas y remotas, su sensibilidad igualatoria, sus anhelos y hasta sus riesgos.

La conciencia de cambio se halla en el fondo de la sociedad moderna. Y el sentimiento de provisionalidad se ha instalado en todas las instancias: familia, instituciones, programas, grupos de diversa índole, parroquias, escuelas, sistemas productivos, formas de vida. No es necesario aludir al riesgo del vértigo para sentir la posibilidad del desvarío. Pero tampoco hay que ocultar que la sensación de la velocidad física, mental, afectiva y moral se adhiere a los hombres de hoy, sobre todo a los más jóvenes, y les configura con cierta originalidad (8).

La Pedagogía, en cuanto ciencia de la educación humana, es particularmente sensible a los fenómenos del cambio. Advierte que la sociedad moderna es particularmente rápida en sus transformaciones; y por eso se preocupa intensamente por esos modos y ritmos de evolución. Así surge la Pedagogía social y la Sociología educativa, que tienden cada vez más a ser ciencias analíticas y prácticas, más que especulativas y normativas.

Estudian ambas formas científicas los estilos de sociedad en las que se forman las personas. Apuntan criterios para la comprensión de las mismas y, en la medida de lo posible, para su gobierno y transformación. Este estudio, por la misma naturaleza de la Sociología, no constituye un curioso descubrimiento de datos, de tendencias y de cambios, sin otro objetivo que el hacer ciencia. Por referirse al hombre, posee una fuerza intensa de compromiso y de operatividad. Y por eso implica para la educación del hombre una necesidad imperiosa que es al mismo tiempo punto de partida y cauce de acción.

Evidente es la influencia de cualquier conclusión sociológica en el terreno de la educación espiritual. La Catequesis aprende en la Sociología los medios y las formas para entender el contexto en el que la persona se forma religiosamente, pero también para valorar los fenome-

---

(8) Ya el filósofo Augusto Conte reconocía al advertir la llegada de una nueva época: «Los espíritus selectos reconocen unánimemente la necesidad de reemplazar nuestra europea, esencialmente metafísica, teológica y literaria, por otra más conforme con el espíritu de nuestra época, y adaptada a las necesidades de la civilización moderna. El estado pasivo de nuestras ideas impide prosperar a tantas iniciativas como surgen hoy en esta dirección. A. Conte. *Curso de Filosofía positiva*, Lecc. 1.

nos sociales relacionados con la fe, los cuales tienen singular valor en una religión comunitaria y sacramental como es la cristiana (9).

Algunos de estos aspectos o rasgos son especialmente desafiantes para el educador creyente en la actualidad.

- Uno es la gran sensibilidad del hombre moderno ante la comunidad a la que pertenece y el deseo intenso, sobre todo en los estadios juveniles, de sentirse protagonista de los cambios y no mero consumidor de ellos.
- También es una necesidad pedagógica el análisis de los diversos contextos en los que se produce la formación de las personas. Si hasta el presente se ha actuado con frecuencia en función de presupuestos gratuitos, se tiende en la actualidad a potenciar la investigación y la comprensión de los ambientes concretos. El hombre, también en la dimensión de creyente, es tributario de la comunidad a la que pertenece.
- La rapidez con que acontecen las transformaciones sociales hacen a la sociología y a la pedagogía social ciencias dinámicas y flexibles. El educador de la fe aprende en ellas sensibilidad ante el cambio y las necesidades de entender las condiciones comunitarias en las que el cambio se produce y los efectos inmediatos o remotos que suscita (10).
- Sin la suficiente comprensión de la realidad social y de las fuerzas profundas que la conmocionan, no se podrá educar al hombre para fenómenos sociales tan condicionantes como son la solidaridad, la justicia, la propiedad, la sexualidad, la libertad, la paz, por una parte; y también desde otra perspectiva para entender tendencias distorsionantes como la violencia, el racismo, la marginación, la rebeldía o el escepticismo. Positivos o negativos para la convivencia, fenómenos como éstos constituyen una fuerte llamada de atención para hallar cauces oportunos de acción educativa, los cuales no son posibles con simples planteamientos explicativos, requiriéndose más bien actitudes constructivas y compromisos concretos.
- Los esquemas tradicionales de instituciones tan significativas como son la familia, la escuela, la parroquia, los grupos, los movimientos y los diversos organismos a los cuales se vincula la formación religiosa, no pueden ser entendidos ya con ópticas antiguas de sabor jerarquizantes. Un catequista insensible, detenido en esos

---

(9) Cfr. Juan Pablo II: *Exhortación Familiaris Consortio*, núms. 39 y 40.

(10) Cfr. J. Morrish: *Cambio e innovación en la enseñanza*, Salamanca, Anaya, 1978.

esquemas, no apreciará suficientemente los grupos juveniles, las tensiones familiares, los estilos parroquiales, las mismas metodologías escolares que directamente condicionan la educación ideológica o afectiva de las personas y configuran originalmente las actitudes religiosas y los sentimientos trascendentes.

La sociología educativa fue inicialmente un área de conocimientos preferentemente teorizante, pero progresivamente ha cobrado la importancia práctica que le corresponde desde la perspectiva de la radicalidad comunitaria del ser humano. Ante las transformaciones rápidas de la sociedad, la sociología se constituye en reclamo imprescindible para el educador de la fe. El cambio rápido es distintivo de la sociedad moderna. Y el paso progresivo de una sociedad jerárquica a otra sociedad liberal, democrática e igualitaria, supone unas variables radicalmente nuevas en la educación de la fe religiosa. No es sólo la debilitación de los criterios de autoridad, incluso para la definición de los conceptos y de los lenguajes religiosos, lo que se pone en juego. Ante todo es una forma original de entender la relación interpersonal y el enfoque de los resultados estructurales de esa interrelación (11).

El catequista de hoy se pone en tensión dialéctica y no en docilidad táctica, cuando quiere ser consecuente con su conciencia. Se siente desafiado por el cambio espiritual y moral. Y casi hay que sospechar qué será necesario el paso de una generación —de la presente—, para que se vuelvan a homogenizar las relaciones entre educadores y los educandos. Sobre todo cuando la diferencia de edad, de cultura, de raza o de nivel formativo e instructivo es mucho, la dificultad de comunicación y de transferencia didáctica puede ser tal que ni siquiera la buena voluntad puede superar las distancias (12).

Sin embargo, no deja de ser una llamada de atención al menos para los más ágiles mentales o para quienes quieran cumplir con su deber de comprensión y de acercamiento.

### III. DESDE LA ANTROPOLOGIA Y CIENCIAS DEL HOMBRE

Las ciencias relacionadas con el hombre y fruto directo de la Antropología constituye un núcleo de conocimientos en perpetua mutación

(11) Cfr. J. J. Díez Benito: *Comunidad educativa*. Madrid. Narcea, 1983.

(12) En toda sociedad, la educación de un niño o de un adolescente es asunto de la mayor importancia. Pero hasta ahora la educación era algo incidental. Los niños aprendían acompañando a los mayores. Sin embargo, en los últimos tiempos cambian las cosas: se pretende separar la educación del trabajo, encerrando la educación en el estrecho marco de una sustitución específica. ¿Es esto un progreso o un retroceso? Paul Goodman: *La Nueva Reforma*. Cap. V. 2. Barcelona. Taurus, 1976.

y progreso. Tal vez sean las que más se han desarrollado en los últimos tiempos, como consecuencia del mejor conocimiento que hoy existe sobre el hombre. No es sólo en mayor acercamiento de las razas, que nos ofrece la Etnología y la Biología evolutiva y comparada; también es la Psicología la que ha profundizado este conocimiento en sus dimensiones de normalidad y los grandes estudios que sobre la normalidad se han hecho y se están haciendo por parte de la Psiquiatría y de la Psicología. El hombre de hoy es mucho mejor conocido que lo pudo ser en cualquier etapa histórica anterior.

La Psicología pedagógica, o Psicopedagogía, hace posible descubrir a fondo lo que representan en la conducta humana los dinamismos profundos de la personalidad, las necesidades básicas del hombre y sus tendencias radicales, el funcionamiento de sus facultades específicas y el de las funciones comunes con los demás seres animados. Esos conocimientos no se contentan con perfiles descriptivos, sino que abren posibilidades insopeschadas de mejores tratamientos educativos, de minuciosos seguimientos de la evolución mental, moral y afectiva a través de los diversos estadios por los que atraviesa el desarrollo humano, y también el más preciso gobierno de los intereses, de las actitudes, de las motivaciones y de los criterios que influyen en la conducta. El niño y el joven se convierten en personas autónomas, que deben ser educadas con independencia de las referencias a los seres adultos y maduros, pues su originalidad es más conocida y respetada por los educadores de hoy (13).

El educador actual no se contenta con ser un mero transmisor de conocimientos y de pautas sociales, sino que cobra más importancia en cuanto animador de personas libres a las que hay que preparar a asumir, a veces precozmente, sus propias opciones ante múltiples oportunidades o ante elecciones no siempre fáciles.

El educador de la fe comprende a la luz de esa originalidad uno de los presupuestos básicos de la religión y de la religiosidad: que nace de la intimidad singular de cada sujeto y que debe muchas veces adoptar estrategias educativas singulares y flexibles que hagan posible el ejercicio real de la libertad personal.

Es muchas veces un verdadero problema el elegir con acierto personal entre muchas alternativas, sacrificando la comodidad profesional de aceptar objetivos y procedimientos avalados por la experiencia o coherentes con ideales o esquemas prefrabricados.

Y para eso tiene que poseer profundos conocimientos pedagógicos de

---

(13) Cfr. S. López Ruiz: *Educación es Liberación*. Madrid. Ed. Calasancias. 1979.

psicología, no sólo en el orden especulativo, sino con bases experienciales amplias complejas. Esta base psicopedagógica de la educación de la fe y de la conciencia reclama un sincero respeto a las persona, incluso cuando no son todavía maduras y estables (14).

- El respeto a la persona, a su conciencia, a su sensibilidad, se levanta hoy como una condición de una verdadera educación. Exige la frecuente renuncia a las propias preferencias, con miras a promocionar con sinceridad las que nacen de los intereses y actitudes de cada sujeto educado.
- Rompe esquemas abstractos, que se pueden presentar como objetivamente válidos, pero que no se acomodan a la situación singular de aquellos a quienes se ayuda. En el ámbito religioso esto puede suponer resquebrajamiento del carácter prioritario de los dogmas y de los postulados morales considerados como intocables desde siempre.
- Promociona estilos plurales de configuración religiosa, que no siempre es fácil mantener alejados por igual de integrismo o de rigorismos y de laxismos o relativismos. Sólo los talentos educativos abiertos y las actitudes didácticas basadas en la pluralidad humana se pueden acercar a procedimientos concretos de ayuda y de mejora personal adecuada, existiendo siempre el riesgo y el reclamo de las definiciones apriorísticas y de los refugios jerárquicos.
- La rapidez con que acontecen los procesos madurativos de determinados educadores contrasta con la frecuencia de alteraciones ideológicas o morales, que pueden sembrar la duda y la perplejidad en quienes ayudan desde fuera el proceso de la educación. Es fácil encontrar criterios objetivos de actuación. Pero no resulta tan sencilla la aplicación a cada persona inmediata.
- Por otra parte, las clásicas instituciones de referencia: familia, escuela, parroquia, pueden resultar insuficientes para una sociedad que se vuelve dinámica y pluralista de forma irreversible. Esta nueva sociedad ofrece muchas más fuentes de información que los tradicionales textos escolares y está sembrada de fogosos profetas que poco tienen que ver con los padres y con los educadores habituales. La psicología del educando de hoy se siente configurada por la incontrolable proliferación de los instrumentos sociales, tecnológicos e incluso subliminales que acechan en todo momento a cualquier persona con los ojos abiertos a la vida.

---

(14) Cfr. L. Boff: *Libertad y liberación*, Salamanca. Sígueme, 1982.

- Una fuerte llamada de atención se lanza a los educadores desde la plataforma de unos educandos distintos de los otros tiempos. Para conocer esa psicología no bastan los libros ni los esfuerzos hechos en tiempos pasdos, sino que hay que inmiscuirse en la misma vida de los sujetos a los que se pretende llegar con eficacia. No es extraño que muchos educadores se sientan desconcertados y opten por la huida ante la subconsciente sensibilidad herida de quien no sabe entender o aceptar el reto de situaciones nuevas (15).

La psicología moderna tiene ante sí una tarea apasionante. Tiene que entender al hombre moderno. Si en lo esencial no es diferente del hombre de otros tiempos, sí ha variado irreversiblemente en los lenguajes que emplea para comunicarse y para percibir los mensajes.

Un educador de la fe no se diferencia de otros educadores en la necesidad de adaptar sus formas y sus estilos de comunicación. Pero tal vez posee más responsabilidad por la excelencia de su tarea de evangelización y de formación del espíritu. Sólo si se hace consciente de su originalidad y tiene cierto optimismo profesional que puede conseguir en su sensibilidad religiosa. Su conciencia de creyente podrá asumir sin fragilidad personal su misión de fortalecer las conciencias y las inteligencias creyentes.

Tiene que sentirse impulsado sin desaliento a mejorar sus conocimientos y sus experiencias psicológicas. El hecho de que en este terreno nunca pueda aspirar a situaciones terminales que le alivien de la necesidad de seguir siempre conociendo mejor al hombre, no le debe suponer otra cosa que un estímulo para cumplir con su tarea de perfeccionamiento y de mejora de la persona humana que nunca termina de hacerse a lo largo de toda su vida.

#### IV. DESDE LA RENOVACION DIDACTICA

Como explicitación de la necesidad del educador de adaptarse a los lenguajes más dinámicos, flexibles y simbólicos, que en la actualidad invaden las relaciones entre los hombres, es necesaria también una llamada de atención a las necesarias renovaciones didácticas.

(15) «Es frecuente hoy el desequilibrio interior en la persona, entre la inteligencia práctica moderna y el conocimiento teórico que no llega a dominar la suma de las nociones ni a ordenarlas en síntesis satisfactorias. Se produce desequilibrio entre la preocupación por la eficacia práctica y las exigencias de la conciencia moral. Incluso hay desequilibrio muchas veces entre las condiciones colectivas de la vida y las exigencias del pensamiento personal e incluso la sed de contemplación... Vaticano II. *Gaudium et Spes*, núm. 8. Cfr. también Juan Pablo II: *Redemptor Hominis*, núms. 15 y 16.

La Didáctica es una forma de Pedagogía que analiza y configura los sistemas de comunicación docente y, por extensión, de actuación educativa. La explosión tecnológica de la sociedad actual difunde expansivamente instrumentos y recursos en otros tiempos insospechados. La Tecnología de la comunicación llega a ser tan condicionante para el hombre moderno que afecta incluso en directo a la naturaleza del mensaje (16). Si esto es verdad, la relación educativa se siente poderosamente transformada en la actualidad. Más que lo que dice, es el modo de decirlo lo que va a modular poderosamente el estilo educativo. Y el riesgo de la superficialidad va a ser la permanente amenaza de una educación de calidad.

Acontece esto en todas las esferas de la educación. La educación de la fe no se va a presentar como excepción. Y si no se tienen ideas y objetivos claros, se puede incurrir en cierto impresionismo religioso con más esmero por las formas que por la autenticidad de fondo. En eso puede incurrir el experimentalismo religioso y las frecuentes sustituciones de los mensajes revelados y profundos por atractivas imágenes fugaces o sentimientos exclusivamente antropocéntricos y antropomórficos.

El desafío que la Didáctica y la Metodología conllevan para el educador de la fe suscita una creciente necesidad de ajuste, al mismo tiempo que la aceptación alegre de las especiales necesidades y exigencias del mensaje religioso. Pero como este mensaje tiene que ser envuelto en lenguaje humano para poder ser transmitido con eficacia y con fidelidad, no podrá prescindir de los instrumentos de comunicación personal y social que absorbe en la sensibilidad de los catequizados desde los primeros años de la vida consciente.

A veces le resultará costoso el ajuste; mas ni tiene que tolerar una sensorialización completa del contenido transmisible, ni tiene que renunciar a la renovación constante de sus lenguajes comunicativos en función de esos destinatarios totalmente inmersos en lenguajes inusuales o escasos en anteriores generaciones (17).

Si posee suficiente sagacidad y claridad de objetivos y de doctrinas, encontrará cierta facilidad en esa acomodación.

- Comprenderá con facilidad la importancia actual de la imagen audiovisual, hasta convertirse en hábil manipulador de la mis-

---

(16) Tal es la inteligente llamada de atención que hacía Marshall Mac Luhan cuando proponía como alma de la comunicación audiovisual su lema: «El mensaje es el medio». Cfr. su libro: *La Galaxia de Guttemberg*. Madrid. Aguilar. 1969. También: *Guerra y Paz en la Aldea Global*, Madrid. Martínez Roca. 1971.

(17) Cfr. 6. Martínez Sacristán: *El lenguaje religioso*. Madrid. Ed. Claret. 1982.

ma. Si en otros tiempos era la palabra cálida y sentida del evangelizador la que transmitía al corazón del oyente el misterio cristiano, en la actualidad realizará la misma labor el dibujo, la fotografía o la escena televisada o fonogramada. Los lenguajes audiovisuales requieren cierta comprensión para su correcto empleo. Más no hay que olvidar la importancia actual que ellos poseen y el consumo masivo que los hombres de hoy hacen de ello. El adaptarlos al lenguaje religioso es una de las tareas que cada catequista tiene que sentir como prioritarias en su formación personal y en el ejercicio de su misión docente.

- El ritmo rápido de las comunicaciones es una consecuencia de la masiva influencia de la imagen. Es necesario saber usar cierta flexibilidad expresiva, más conforme con la versatilidad mental de los hombres y sobre todo de los niños y jóvenes de hoy, que con el rigor intelectual de las doctrinas abstractas.

Esto quiere decir que son necesarios fuertes reforzamientos metodológicos para salvaguardar el carácter sistemático e integrador que tiene que poseer toda tarea de educación religiosa. El riesgo de la fugacidad acecha a los educandos intoxicados o saturados de imagen. El educador debe descubrir con habilidad medios adecuados a cada nivel, a cada circunstancia e, incluso, a cada persona, para que este riesgo no se transforme en deformidad.

- Es también importante el descubrir el sentido dinámico de la sociedad actual que configura de forma especial a los niños y jóvenes. Los métodos activos resultan ya una ineludible necesidad pedagógica que hay que llevar siempre en los esquemas operativos de la educación de la fe y de los sentimientos cristianos. El viejo diseño homilético, que posee más carga de meditativa reflexión que de protagonismo activo tiene que ser sustituido en la medida de lo posible. Esto supone para muchos educadores y catequistas una verdadera reconversión profesional. Mas es necesaria a poco que se evalúen los resultados obtenidos de la simple comunicación oral entre personas inmersas en la cultura de la imagen (18).
- En el contexto de esta necesidad de acción, el educador de la fe tendrá que aplicar todo su ingenio y creatividad para buscar cauces adecuados a la edad de los sujetos y a la naturaleza de los mensajes. Los trabajos en grupo, la investigación personal, los ejercicios de expresión religiosa, las lecturas orientadas y cuantos medios de acción contribuyan a poner a los educandos

---

(18) Cfr. A. Díaz Tortajada. Madrid. Ed. Paulinas. 1983.

en movimiento dirigido y objetivado, le tendrán que ser particularmente queridos, al mismo tiempo que le invitan a convertirse en experto en su manejo.

- Y en el mismo sentido hay que saber facilitar las experiencias religiosas que hagan de la propia fe algo vital y profundo y no mero haz doctrinal que repose en conceptos y en frases expositivas. Las experiencias religiosas de oración, de caridad, de justicia social, de virtudes cristianas valen más por lo que tienen de religiosas que por su carácter de experiencias. Pero los educandos actuales están inmersos en lenguajes de comunicación experimental y no pueden prescindir de ellas si se quiere obtener una formación consistente y proyectiva (19).

El educador de la fe, como todo educador, tiene que tener cierta sensibilidad selectiva para poder elegir en cada momento los procedimientos y metodologías más convenientes. Sin ceder a la tentación de la novedad que garantice la atención meramente pedagógica, tiene que poseer seguros criterios de elección cuando se le presenten multitud de posibilidades de acción, lo cual será frecuente en una sociedad de consumo masificada y crecientemente tecnificada.

Es un deber para él poder y saber elegir, más en función de los objetivos generales y específicos que se propone, que del azar o de la simple satisfacción sensorial de aquellos a quienes se dirige. No le será difícil este logro si posee cierta intuición pedagógica, emanada de ideas sólidamente adquiridas en las esferas pedagógicas, y se habitúa con aciertos y experiencias selectas en este ejercicio.

Más que inquietud, es alegría y responsabilidad lo que tiene que despertar en su mente ante este grato deber, latente desde siempre en su conciencia profesional (20).

### **Conclusión optimista**

Ante estas fugaces reflexiones no cabe otra conclusión que cierto optimismo en las posibilidades de acierto en la tarea de la educación de la fe. La catequesis se siente hoy interpelada y desafiada desde el terreno de las ciencias pedagógicas. Pero es un desafío de vida y no una amenaza de muerte.

---

(19) Cfr. J. R. Guerrero: *Experiencia de Dios y catequesis*. Madrid. P.P.C. 1983. También C. Martínez: *La Expresión en la Catequesis*. Barcelona. Facultad de Teología. 1981.

(20) Cfr. Vaticano II: *Decreto Intermirífica*, 5 y 9.

Este desafío proviene de la Pedagogía como ciencia. Pero sobre todo emana de la misma naturaleza de la tarea educativa. El educador de la fe tiene que sentirse gozoso de vivir un tiempo interesante en el que los cambios humanos son rápidos y profundos. La nobleza de su misión tiene que infundirle alientos para saber realizar los ajustes que reclaman esa nobleza misional y debe asumirlo como un servicio a las personas que con él se relacionan. Todo servicio supone un esfuerzo. Y el esfuerzo va siempre emparejado con la renuncia y con la constancia (21).

Si sabe hacer bien su tarea educadora sentirá la necesidad de evitar las aventuras innecesarias y estará siempre en actitud de renovación y de revisión. Las frecuentes evaluaciones de los resultados que va consiguiendo le tienen que animar a precisar con delicadeza los mejores caminos para conseguir la eficacia educadora, la cual implica siempre una adecuada jerarquía de valoraciones y de disposiciones.

El panorama educativo de hoy le ofrece muchas dimensiones nuevas. Pero no todas suponen las mismas garantías. De aquí que tenga que aprender con prudencia, con paciencia y con generosidad a seleccionar las mejores, y en ocasiones las menos malas, en el caso de que no pueda asumir todas las ofertas didácticas y metodológicas que en el plano de las teorías queda hallar.

Los sistemas educativos se superponen, más que se oponen, con frecuencia. Entre los socialismos y los individualismos, se hallan los personalismos. Entre los misticismos y los racionalismos se sitúan los realismos. Y entre las utopías y lo automatismos se encuentran las actitudes flexibles para transmitir los mensajes a los creyentes, que son personas, y tienen que adoptar posturas prácticas y espirituales. No existen recetas fijas para obtener resultados mágicos, ni pueden trazarse proyectos óptimos que se escapen de posturas críticas. Cuando el educador de la fe adopta actitudes dialogantes, sabe aprender en la experiencia ajena los convenientes complementos para las propias observaciones. Y, en definitiva, sabe elegir el camino conveniente para una constante mejora profesional.

La catequesis de hoy corre el riesgo del practicismo, como consecuencia de múltiples análisis desencarnados de la realidad y de la primacía de la instrucción sobre la formación. Pero está naciendo una Catequética que trasciende los postulados generales y reencuentra su dimensión pastoral y evangelización como norte de sus reflexiones. Tal vez

---

(21) «El pluralismo cultural invita hoy a la Iglesia a reforzar su empeño educativo para formar personalidades fuertes capaces de resistir al relativismo debilitante y de vivir coherentes con el propio bautismo.» *Sda. Congregación de la Educ. Católica*, «La Escuela Cristiana», 1977, n.º 12.

tardará todavía bastante tiempo hasta que esta visión se generalice y haga más fácil a los catequistas y educadores de la fe asumir la originalidad de su tarea formadora, siempre situada en la encrucijada de los misterios, de las personas y de los vehículos de la comunicación. El catequista actual lleva en su misión la tarea de adaptarse con garantías de acierto a las personas de hoy, que recibirán el fruto de sus esfuerzos y no podrán esperar a que se clarifiquen muchas veces las tendencia y las preferencias. Esto le debe hacer al catequista prudente y reflexivo (22).

Pero es evidente que cierta osadía vigorosa es imprescindible para la labor de educar a los hombres. Aceptarla es deber de todo catequista responsable.

Si existieran muchos catequistas de esta categoría, la inaplazable revisión de la catequesis actual se podría apoyar en sólidos argumentos experienciales e inductivos y superar a los tradicionales esquemas teóricos fabricados muchas veces en los despachos oficiales y sobre presupuestos teológicos doctrinales no del todo sensibles a la vista de los creyentes. Los desafíos de las ciencias educativas afectan por igual a los que escriben tratados de Catequética y a los que vivifican actos de catequesis. Pero los problemas concretos de los hombres reales comprometen con frecuencia más a estos últimos y son ellos los que más deben sentirse interpelados por la revolución educativa que hoy se vive en la sociedad.

Por eso el peor pecado profesional del catequista es la ignorancia o la indiferencia ante los cambios. Y su más deseable virtud tiene que ser la serena inquietud de quien se siente responsable y escudriña constantemente los signos de nuestros tiempos. Hay que adoptar actitudes receptivas, y renovadoras, ante los análisis serios que realizan sociólogos, psicólogos, y sobre todo pedagogos, por ser éstos más sensibles al hecho concreto de la educación del hombre.

Sin que se ponga en duda la necesidad de los equipos de reflexión educativa y catequística, no se puede dudar de que la renovación de la catequesis y de la educación de la fe tiene que provenir de la vida cotidiana, de los grupos juveniles de catequesis, de las experiencias de formación cristiana y de las vivencias evangélicas a las que tan dados son hoy los creyentes.

Conviene entender y recordar que el desafío actual de las ciencias edu-

---

(22) Cfr. Varios: *La catequesis de nuestro tiempo*. Madrid. P.P.C. 1978. También A. Ginel: *Catequistas para una catequesis de significación*. Madrid. Central Catequística Salesiana. 1984.

cativas al mundo de la catequesis no afecta tanto al terreno de las ideas cuanto a las necesidades de las personas.

Como decía Juan Pablo II en 1977 a los educadores españoles, «hoy más que nunca es necesaria y urgente esta tarea, pues hay que ayudar a cada cristiano a mantener y desarrollar su fe en la coyuntura de las rápidas transformaciones que esta sociedad está experimentando... Una «minoría de edad» cristiana y eclesial no puede soportar las embestidas de una sociedad crecientemente secularizada» (23).

---

(23) Juan Pablo II, 5 de noviembre de 1982. A los educadores de la fe.